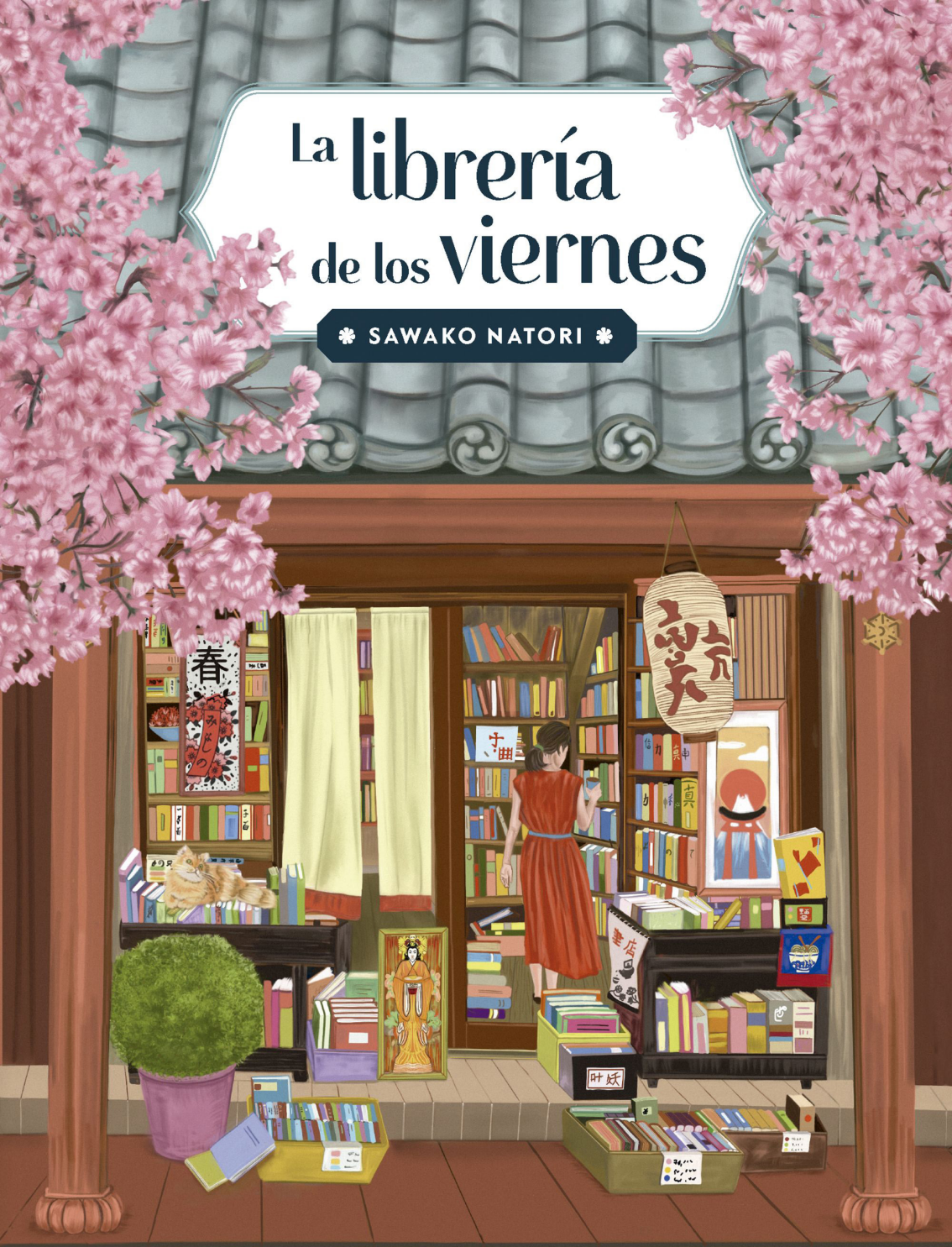


# La librería de los Viernes

\* SAWAKO NATORI \*



SAWAKO NATORI

LA LIBRERÍA DE LOS VIERNES

Traducción de Juan Francisco González Sánchez



1

# NI RASTRO DEL LIBRO ANHELADO



Ubicada en una pequeña estación de tren de la región de Kitakanto, una librería se había ganado la curiosa fama de guardar entre sus estanterías cualquier libro que sus lectores buscasen o necesitaran por una u otra razón, el libro exacto que se adecuaba a sus circunstancias personales y que incluso uno ya anhelaba leer antes de ser consciente de ello.

Diversos motivos podían postularse como candidatos para explicar por qué alguien necesitaba tal o cual libro en determinado momento de su vida, pero, en definitiva, así era: había libros que sosegaban y aliviaban, que servían de bote salvavidas y lugar al que amarrarse.

Recuerdo que cuando encontré esta librería en internet, mi primera reacción fue de estupor e incredulidad: me limité a ajustarme los anteojos —que, como siempre, se me habían deslizado nariz abajo—, empujando hacia arriba el puente con el dedo índice.

A continuación, levanté la vista al cielo.

«¿Será verdad?», podría haberme preguntado;

«qué va...», podría haberme contestado, rechazando la posibilidad con una sonora carcajada; «qué idiotéz», podría haber añadido, estampando así el sello definitivo de mi incredulidad.

Pero no lo hice. No quise permitírmelo: en vez de desestimar aquella información, por absurda que pareciera, continué indagando laboriosamente acerca de todo aquello que me interesaba, y tras conseguir el nombre de la estación y el de la librería, logré trazar el trayecto ferroviario que unía aquel lugar con el barrio donde yo vivía.

Dicho y hecho: doce horas después, me encontraba en un vagón de tren, en dirección a aquella estación, mirando la pantalla del celular y recorriendo con la vista todo el surtido de redes sociales a mi alcance.

Dos horas y media después de haber dejado Tokio, seguía entreteniéndome con la lectura de comentarios de mis amigos, de amigos de mis amigos, de conocidos, de desconocidos que se vuelven conocidos, y con artículos y crónicas que surgían en enlaces adjuntos, dejando que el tiempo se escurriera veloz entre todo aquel aluvión de mensajes y emoticones. Eso era en lo único en lo que podía emplear el tiempo, porque no soportaba cruzarme de brazos y pasar un rato tan largo en el tren sin hacer nada.

Dos horas y media antes, el sol se hundía en el horizonte y sus últimos rayos teñían de naranja las escaleras de la estación de Hiroo, pero ahora el cielo se había vuelto una masa oscura, solo interrumpida por la

luna, que brillaba con extraordinaria nitidez; una prueba de que afuera el aire debía de ser gélido. Recordé que aún estábamos en el mes de marzo y extrañé el grueso abrigo que había dejado en casa.

Empujé el puente de mis anteojos hacia arriba y me dije: «Ánimo, solo faltan tres estaciones, ánimo». Si hubiera dicho aquello en voz alta, no habría llamado la atención porque en el vagón no había un alma, nadie excepto yo. Un viernes como cualquier otro, a las ocho de la tarde, en Tokio, lo normal era verse rodeado y arrollado por hordas de oficinistas que volvían a sus casas, liberados de su carga de trabajo semanal; pero la larga fila de asientos para siete personas que tenía frente a mí permanecía, de extremo a extremo, sumida en el más inmutable vacío, como también la fila de mi asiento.

Después de transitar por las redes sociales y su voluminoso caudal de comentarios y emoticones, abrí el navegador y tecleé las palabras «línea Chorin vacía ¿por qué?» en la barra de búsqueda. Enseguida apareció una respuesta en la pantalla: la línea era utilizada mayoritariamente por escolares y quedaba casi libre de pasajeros fuera de las horas de entrada y salida de los colegios y los institutos. «Sorprendentemente solitaria» era la contundente expresión que utilizaba el buscador, mientras un bloguero era aún más expeditivo y aseguraba que «la línea acabaría desapareciendo si la crisis de la natalidad se agravaba».

«Pues sí que estamos bien...», pensé, moviendo la cabeza arriba y abajo, a la vez que toqueteaba nervio-

so una de las patillas de mis anteojos. Alcé la vista: el tren acababa de parar en una estación cuyo nombre me era familiar. «¡La estación de Kamado! ¡Aquí está la universidad de Gauchi!».

Sabía que la facultad en la que yo estudiaba en Tokio iba a ser trasladada al campus de Kamado en mi tercer año de estudios, pero nunca habría imaginado que aquel lugar se encontrase tan alejado. La duración del trayecto, indicada en un folleto de la universidad, asumía que el transbordo de trenes nunca sufría demoras; pero eso no dejaba de ser más que una suposición optimista e irreal en una zona tan apartada como aquella. De pronto, caí en la cuenta de algo: «De todos modos, voy a tomarme un año sabático antes de pasar a tercero. Así que no importa».

Cambié de posición sobre mi asiento y acerqué el rostro a la ventanilla del tren para contemplar el paisaje exterior, sumido en la oscuridad cerrada de la noche. No había edificios, solo campos de cultivo, casas esparcidas y algún que otro cartel jalonando las tierras. Me llamó la atención un árbol que crecía en medio de un extenso jardín de una gran casa, todo moteado de flores blancas que parecían resplandecer suave y difusamente a la luz de la luna. «Claro, ya ha comenzado la primavera», pensé. En efecto, la primavera llegaba para todos por igual. Solo cambiaba el lugar y las circunstancias con que se la recibía.

Noté que se me humedecían los ojos y sacudí la cabeza. Apoyé la frente sobre el cristal de la ventanilla, y al poco tiempo percibí en la piel el progresivo descen-

so de la velocidad del tren, con el consiguiente deslizamiento de los anteojos, nariz abajo.

Acababa de llegar a la estación de Nohara...

El anuncio por altavoz y el letrero de la estación en la que acababa de detenerse el tren así lo confirmaban. Me eché la mochila a la espalda y me bajé.

El andén estaba completamente vacío. A ambos lados había tramos de vía, lo que permitía a los trenes de ida y a los de vuelta efectuar parada simultánea en la estación. Había una tercera vía ferroviaria a un lado y, tras ella, un solar vacío sin la más tenue iluminación. Me pregunté si aquel día ya habría terminado la circulación de trenes e incliné la cabeza para mirar a un extremo y a otro de los tres andenes. De momento, no se aproximaba ninguno. Puesto que tampoco vi ninguna librería, me dirigí a las escaleras del final del andén, siguiendo la luz débil de una mísera lámpara fluorescente.

Las escaleras llevaban a un pasaje que conducía a la salida desde los andenes. No había escaleras mecánicas, pero sí un pequeño ascensor a uno de los lados. Yo, que apenas me trasladaba más que para ir de casa a la universidad y viceversa —es decir, ni siquiera me gustaba participar en actividades extraacadémicas ni me ganaba un modesto sueldo con un trabajo a tiempo parcial—, me decanté por el ascensor sin pensármelo dos veces.

Bien iluminado y climatizado, y de estructura sólida, el pasaje de la estación superaba todas las expectativas iniciales, por más que no pudiera compararse con

los de las terminales de una gran urbe como Tokio. Por fin, hacia el final del pasaje, avisté la anhelada librería. «Así que es verdad que forma parte del recinto de la estación», pensé, mientras avivaba el paso.

Una puerta automática, estratégicamente ubicada, se abría a los viajeros desde el pasaje. Tanto esta como el segmento de muro que daba a la librería eran de cristal transparente y permitían contemplar su interior desde afuera. Aminoré el paso mientras escrutaba a través del muro de cristal. Se trataba de una librería normal y corriente; nada había en ella de llamativo: hileras de estanterías y algunas mesas atestadas de novelas premiadas, cómics de gran popularidad y *bestsellers* de todo tipo, sin llegar a sofocar el espacio del local, que no era demasiado amplio.

—Pero ¿esto...? —murmuré para mí, empujando con el dedo índice los anteojos, lleno de incredulidad. Aquel no era el tipo de lugar que atesora ejemplares y ediciones de libros de gran significado personal, libros que uno pudiera necesitar realmente sin llegar a ser consciente de ello. Sospeché que todo lo que se decía de aquella librería no era más que una leyenda urbana.

Al terminar de recorrer el segmento transparente de pared, experimenté un cansancio súbito, causado —supuse— por el largo trayecto en tren, y, casi tambaleándome, busqué reposo apoyando la espalda sobre el muro color crema del pasaje. Me pregunté si habría alguna tienda detrás de aquella pared, pero el

agotamiento superaba mi curiosidad y no me moví para comprobarlo.

Resoplé y dejé resbalar la espalda pared abajo hasta ponerme de cuclillas. De pronto, la puerta automática de la librería se abrió y alguien salió a gran velocidad, encaminándose a paso ligero hacia donde yo me encontraba hasta detenerse frente a mí. Decidí no inmurmurar y mantener la cabeza gacha.

—¡Buenas noches! —dijo una voz clara y resuelta.

Levanté la vista y mi campo de visión se llenó del rostro de una joven de ojos grandes y brillantes, ilusionados como los de un niño que visita Disneylandia por primera vez. Eran unos ojos negros, de párpados bien delineados y pestañas largas y curvas. No habría sabido explicar si por el efecto de la luz o porque llevaba lentes de contacto, o simplemente se trataba de una característica fisonómica suya, pero lo cierto es que eran unos ojos enormes, desmesurados. O tal vez es que la nariz y la boca eran pequeñas en proporción, pero, de cualquier modo, la mirada de aquellos ojos era de una intensidad abrumadora.

—Agh... —resoplé, abrumado por su cercanía.

La mujer acababa de agacharse frente a mí, y tras retirarse su larga y ondulada melena hacia atrás, me sonreía. Durante un breve instante, la sutil fragancia a cítrico que emanaba de ella me produjo un hipnótico cosquilleo en la nariz.

—¿Tienes experiencia? —preguntó, haciéndome despertar de aquella fugaz hipnosis.

—¿Cómo?

—Que si es tu primera vez.

¿Qué clase de pregunta era esa? ¿Acaso se me estaba insinuando de una manera tan directa? No, eso era imposible. ¿Desde cuándo una chica trata de seducir a un chico sin andarse con rodeos? Aquella desinhibición en grado superlativo debería haberme puesto en alerta, a la defensiva; pero... aquella sonrisa..., franca y sin dobleces, me indujo a mantener la calma.

—Eh..., más o menos... —contesté.

—¡Qué bien! —replicó, rebosante de entusiasmo—. Entonces, no perdamos más tiempo. ¡Vamos!

—¿A... ahora? —tartamudeé, alzando la voz debido a la sorpresa.

—Sí, claro, aquí —aseveró ella, sin dejar de sonreír; luego golpeó la pared encima de mi cabeza, como si llamara a una puerta—. Empezaba a estar desesperada por encontrar a alguien que me diera una mano.

Me puse en pie con la velocidad de un resorte y me volví hacia la pared.

Un letrero allí pegado decía: NECESITAMOS UN EMPLEADO. ¡ES URGENTE!

—La chica que teníamos trabajando aquí a tiempo parcial lo dejó debido a que a su marido lo destinaron a otro lugar y, la verdad, nos ha dejado en un buen aprieto. Bien, así que dices que tienes experiencia como librero, ¿verdad?

—Eh..., sí, sí, a tiempo parcial... —Me apresuré a colocarme los anteojos, que habían vuelto a resbalármese, y añadí, tratando de disimular el malentendi-

do—: Pero hoy no he venido aquí para solicitar este empleo. Lo siento.

—Ah, ¿sí? Vaya... —Sus ojos perdieron aquel brillo y, de inmediato, cambió de actitud e hizo chasquear los dedos—. Claro, debes de ser un cliente.

—Sí, más o menos...

No pareció sentirse molesta por mis secas y entrecortadas respuestas, porque recuperó el entusiasmo y volvió a sonreírme. Todavía confundido por la situación, logré apartar mis ojos de los suyos, y al hacerlo reparé en la placa que llevaba prendida en su delantal verde musgo, a la altura del pecho: MAKINO MINAMI, decía.

Ella se percató de la dirección de mi mirada y sujetó la placa entre sus dedos para hacerla más visible.

—Me presento: soy Minami, la encargada de esta librería. ¡Bienvenido a La Librería de los Viernes!

La calidez y resolución con que se presentó y me dio la bienvenida —digna de camarera de *maid café*—\* me tomó tan de sorpresa que casi caigo de rodillas, rendido a sus pies; pero estimulado por aquella misma actitud suya, recuperé la compostura y me las arreglé para seguirla hasta el interior de la librería.

\* A grandes rasgos, los *maid cafés* son cafeterías donde las camareras visten uniformes de sirvienta decimonónica y tratan al cliente cual acaudalado señor, con exagerada y empalagosa veneración fingida, y una actitud más caricaturesca que real. Este tipo de local se popularizó en el distrito de Akihabara, en Tokio. (*N. del t.*)

Makino se situó entonces tras la caja registradora y yo me dediqué a dar un vistazo por el lugar, entre estanterías y mesas, con la pegajosa sensación de que ella me seguía con la mirada todo el rato.

Sobre una de las mesas expositoras se alzaban columnas de ejemplares de la última novela ganadora del premio Naoki, el libro más vendido del momento, aquel que no solo no podía faltar en las librerías, sino que debía encontrarse ubicado en el lugar más visible. Por lo que parecía, aquella librería no era una excepción a la regla.

Sin disimular la decepción que me produjo que aquella librería fuera como cualquier otra, me acerqué a la sección de libros de bolsillo y recorrí con la mirada los autores ordenados por la letra *s*, comenzando por Renzaburo Shibata, deslizándome con mayor atención hacia Soji Shimada, Rio Shimamoto, Minato Shukawa y tomándome mi tiempo para ir recorriendo cada ejemplar, pasando el dedo por el lomo de cada uno: Yukiya Shoji, Kazufumi Shiraishi, Saburo Shiroyama, Kazuma Shinjo..., novela histórica, de misterio, romántica, de terror, sobre economía, novela ligera... Bastaba una sola letra, la *s*, para transitar por el más variado abanico de géneros y autores.

—Y sin embargo... —musité, y exhalé un suspiro.

Allí tampoco encontré lo que buscaba.

Dirigí una leve inclinación de cabeza a Makino, inmóvil tras la caja registradora, y mientras me iba acercando a la puerta automática del local me pareció

que ella abría la boca para decir algo. Aunque hubiera sido así, no me detuve a comprobarlo.

La puerta se abrió con un suave temblor y de manera involuntaria dirigí la mirada a un hombre que se disponía a entrar. Tenía el pelo rubio teñido, rasurado a los lados y más largo en la parte superior, y vestía un traje informal. Era corpulento pese a su baja estatura —unos diez centímetros menos que mi metro setenta y dos—, y, en definitiva, exhibía un aspecto tan llamativo que resultaba incómodo mirarlo. Me sostuvo la mirada. Su rostro inspiraba miedo; no era, desde luego, el de una persona de fiar.

Justo en ese momento, mientras nos mirábamos, de mi garganta salió un gemido ahogado, di un respingo y retrocedí, con tan mala fortuna que choqué contra una de las columnas de libros que se elevaban sobre la mesa y... ¡maldita sea...! Traté de remediar lo irremediable: la columna de libros de bolsillo se tambaleó y cayó al suelo, donde se desparramaron todos los ejemplares.

El hombre rubio de aspecto llamativo lanzó un alarido:

—¿Qué demonios haces, mocoso? ¡Como hayas estropeado algún libro, voy a...!

—Lo... lo siento. ¡Lo siento mucho!

Apenas incliné la cabeza a modo de disculpa, cuando me llegó una voz clara y apaciguadora.

—¡Yasu, deja en paz a los clientes!

Y, como si reaccionara a la voz, la puerta automática volvió a abrirse y un hombre de gran estatura entró,

y al hacerlo se inclinó levemente como si esquivase con la cabeza la cortinita superior que hay en la puerta de muchos locales de hostelería. Llevaba puesto un delantal igual que el de Makino, y pensando que sería un empleado, me apresuré a leer el nombre que figuraba en su placa: KO SUGAWA.

Así pues, dos hombres que eran uno lo opuesto del otro se interponían entre mí y la puerta y no me permitían salir. Mejor dicho, me impedían huir de allí.

—Hola, Sugawa. ¿Venías con Yasu?

El hombre alto alzó el rostro al escuchar a Makino. Sus rasgos bien proporcionados y el color de sus ojos me llamaron tanto la atención que, de inmediato, me llevé las manos a las patillas de los anteojos —siempre dispuestos a escurrírseme— y las sujeté para observarlo mejor. Tenía los rasgos suaves y pelo negro azabache típicamente japoneses, pero el color azul de sus ojos destacaba de forma especial.

El hombre alto levantó una bolsa de supermercado en cuyo interior se adivinaban leche y verduras, pero, antes de darle tiempo a responder, el hombre de pelo rubio y rasurado a los lados —el tal Yasu— se le adelantó:

—Nos hemos encontrado por casualidad delante de la boletería de la estación. ¡Eh!, ¿no le vas a decir a Makino que te he dado una mano con la compra?

Me pregunté qué falta hacía que trajera leche y verduras a una librería, pero seguí con la mirada a Sugawa, que ya se adentraba en el local, y lo comprendí.

Detrás de la caja registradora se abría un pequeño espacio con un par de mesas y una barra con sus tabu-

retes. El conjunto, cálidamente arropado por la luz anaranjada de una lámpara de aire retro, se completaba con un armario de cocina, una estantería con bebidas alcohólicas y una heladera. Tan diferente era aquel espacio del resto de la librería —en cuanto a decoración, atmósfera e iluminación— que casi podría decirse que constituía un local aparte. Sin embargo, no existía una separación física entre librería y cafetería.

—Así que esto es una cafetería librería... —comenté, volviéndome hacia Makino.

Ella sacudió ambas manos para negar.

—Nada de eso —aseguró—. Es una librería a la que se le ha añadido un rincón para tomar algo.

—Pues eso. Lo que he dicho...

—Si la señorita Minami dice que no, es que no —intervino el hombre rubio—. ¿Lo entiendes, mequetrefe?

—Yasu, cálmate —lo reprendió ella—. En algún lugar he leído que los empresarios irritables tienen menos posibilidades de triunfar en sus negocios.

Me sobresalté al oír aquello.

—¿Su negocio...? —pregunté en voz baja.

El hombre rubio se acercó a mí meneando la cabeza de arriba abajo. Caminaba con los pies muy separados.

—Sí, soy el dueño de esta librería. Yasuyuki Waku. ¿Te molesta?

—No, no —contesté, dirigiéndole una sonrisa tan radiante que hasta hubiese podido resultar repulsiva.

¿Así que aquel hombre tosco e imponente era el jefe de todo aquello? Por mí, que lo fuera: de todas for-

mas, yo estaba a punto de largarme. No se me había perdido nada allí: estaba convencido de que no era el lugar donde iba a encontrar el libro que buscaba.

—Bueno, pues... ¡hasta luego! —me despedí, y aprovechando raudo el hueco dejado por ambos hombres al desplazarse, corrí hacia la puerta.

—¡Eh! ¿No has encontrado el libro que buscabas? —escuché a Makino preguntar a mis espaldas.

—¡No!

—¡Espera, puedo buscártelo!

—¡No, muchas gracias! ¡No hace falta!

—¿Eh? Pero si...

Fingí no escucharla y me alejé a toda velocidad.

